

La interculturalidad como base conformadora del propio patrimonio colectivo. Reflexiones y propuestas

Interculturality as a basis for the own collective heritage. Reflections and proposals

PAQUITA SANVICÉN | FIDEL MOLINA

Paquita Sanvicén. Universidad de Lleida (España). Departamento de Geografía y Sociología
psanvicen@geosoc.udl.cat

Fidel Molina. Universidad de Lleida (España). Departamento de Geografía y Sociología.
molina@geosoc.udl.cat

Recepción del artículo: 30-04-2014 . Aceptación de su publicación: 17-10-2014

RESUMEN. Vivimos en espacios multiculturales. Pero la sociedad no solo es como es sino que se orienta hacia donde quiere ser. Desde una concepción democrática basada en los valores de la ciudadanía, el reto social operativo es avanzar desde ese vivir hacia el convivir en espacios que realmente sean interculturales. La base de esa convivencia es el conocimiento —y el reconocimiento— compartido y reconstruido en común. Objetivo difícil y complejo, también en nuestro país, aun después de década y media de permanente contacto ciudadano con grupos de personas ya asentadas procedentes de diferentes países y culturas. Un contacto pluricultural que se suma al sedimento originario interno, que es también heterogéneo y diverso. Convivir en la diversidad es compartir los aportes de los diferentes grupos y su patrimonio inmaterial. Un concepto este, validado por la UNESCO, que ofrece un prolífico marco de posibilidades de reflexión y acción, pero que todavía está ausente en los planes de estudio y en las acciones de política intercultural, locales y globales. En este artículo reflexionamos sobre la necesidad de incorporar decididamente concepto y contenido en las acciones educativas, ciudadanas y sociales para construir escenarios de convivencia a partir de los cuales forjar un legado patrimonial futuro, realmente intercultural.

PALABRAS CLAVE: socialización, cultura, patrimonio, identidad, relaciones interculturales.

ABSTRACT. We live in multicultural societies. But the society is not only as it is but it is oriented where it wants to be. Social challenge is to move to live in intercultural spaces, in the framework of democracy based on the values of citizenship. The basis of this coexistence is knowledge —and recognition— shared and rebuilt in common. This is a difficult and complex objective; also in our country, even after a decade and a half in permanent contact among citizen groups from different countries and cultures. Living together in diversity is to share the contributions of different groups and their intangible heritage. This concept is validated by UNESCO, which offers prolific possibilities of reflection and action framework, but is still absent in the curricula and in intercultural policy actions (local and global). In this article we reflect on the necessity of incorporating concept and content in social and educational actions in order to build places of coexistence and to forge an intercultural heritage legacy.

KEYWORDS: socialization, culture, heritage, identity, intercultural relationship.

I. Patrimonio e interculturalidad. A vueltas con los conceptos, en un mundo pluricultural y global

Teniendo en cuenta que el patrimonio¹ tiene dos vertientes, la material y la inmaterial, diferenciadas académica y profesionalmente, pero no excesivamente separadas, podemos argumentar la importancia de su conjunción y reconocimiento global en el marco cultural. La cultura como manera particular que tenemos los humanos de adaptarnos al medio y transformarlo comporta la creación y el desarrollo de patrimonio en general, tanto material como inmaterial. Las construcciones arquitectónicas, los vestidos, el calzado, la lengua, las tradiciones, las costumbres, todo ello forma parte del elenco patrimonial.

El patrimonio, material e inmaterial, es un elemento que debe servir a la cohesión social y a la interculturalidad. Ello debe trabajarse así en los currículos escolares, desde primaria hasta secundaria, y en la universidad.

Se ha de conocer este patrimonio y enseñarlo, hacerlo nuestro porque es una manera de vivir. Si hablamos de sociedades globales, seguramente también podamos hablar de patrimonios culturales globales. El patrimonio no se puede mover (o no tanto), pero lo que llevan las personas consigo, lo inmaterial, sí. El patrimonio va relacionado directamente con el concepto de cultura, ya que de alguna manera el patrimonio refleja las creaciones resultantes de la idea algo más abstracta de cultura, o civilización. En este sentido, Durkheim prefiere hablar de civilización más que de cultura y, como indica Cuche (1996: 24), reconoce la idea de la pluralidad de las civilizaciones sin negar la unidad de la humanidad (*civilización humana*); incluso identifica su concepción general de la sociedad y de la normalidad social con cada sociedad y su nivel de desarrollo (la normalidad es relativa a cada sociedad).

En todo caso, el concepto de cultura es útil para las ciencias sociales, sobre todo teniendo en cuenta las posibilidades que presenta la dimensión relacional de todas las culturas; cualquier cultura es fruto de luchas sociales y tal vez lo de menos sea dilucidar si los elementos de una cultura dada son utilizados como significantes de la distinción social o de la diferenciación étnica, unos y otros presentan una misma estructura simbólica que requiere su análisis (vid Cuche, 1996: 114). El relativismo cultural, en este sentido, destaca el valor de cualquier cultura

¹ Etimológicamente, lo que proviene del padre, lo que nos legan los antepasados.

y puede funcionar como un primer antídoto contra el etnocentrismo, aunque incompleto y contradictorio. El relativismo puede anegar la posible relación intercultural en una suerte de inconmensurabilidad que impide cualquier tipo de intercambio y de diálogo. No creo que, como defiende Cuche (1996: 113-116), sea una mera cuestión de complementariedad entre el etnocentrismo y el relativismo cultural. Dicho autor propone brillantemente que no son dos conceptos contradictorios, sino que su utilización combinada permite aprehender la dialéctica de *uno mismo* y del *otro*, de la identidad y de la diferencia, de *la* cultura y de *las* culturas, como fundamento de la dinámica social. Creemos, más bien, que a partir de este planteamiento motivador, la imaginación sociológica ha de ir más allá y proponer una trascendencia de la estricta complementariedad, que puede ser, efectivamente, la interculturalidad.

2. ¿Qué es la interculturalidad? El espacio realmente intercultural, un reto aún por conseguir

Los grupos humanos son creadores de cultura. En la particular relación humana con el medio (natural y social) se crea cultura para adaptarse y para transformar. Y en este sentido, también podemos diferenciar una parte de cultura material y otra inmaterial; es decir, creación de elementos tangibles como pueden ser casas, palacios, iglesias, vestidos, calzado, etc., junto con la creación y desarrollo de normas, valores, costumbres, tradiciones, lenguas, entre otros elementos intangibles.

Ello ha dado y da, en planos diacrónicos y sincrónicos, una diversidad cultural ingente: diferentes grupos sociales dan respuesta a diferentes situaciones físicas y relacionales, creando y desarrollando diversas culturas.

De ahí se sustenta la idea de la diversidad cultural, de la diversidad de grupos culturales y por tanto del enriquecimiento que ello supone.

Esta es la voluntad no solo del reconocimiento de la diversidad cultural, sino de su mantenimiento mejorándolo con un diálogo crítico y comunicativo. La interculturalidad supera el mero relativismo cultural, el multiculturalismo que puede dar ocasión de conformación de guetos o de incomunicación por unas partes y por otras; también es un antídoto contra el etnocentrismo y la asimilación que, de entrada, aboga por el chovinismo de pensar que la cultura propia es la mejor y que los demás deben abandonar todo lo que no sea de esta cultura central. El planteamiento intercultural, en cambio, va-

lora la diversidad cultural como una oportunidad de enriquecimiento mutuo, sin que por ello se haga dejación de una mirada crítica en determinados elementos culturales de todos los grupos que pueden mejorarse, fruto de la negociación y el consenso, ya que o bien han dejado de ser adaptativos o bien se han vuelto contraproducentes, injustos o, incluso, pueden atentar contra los derechos humanos: no es el «todo vale» del postmodernismo o el relativismo cultural, es el respeto por las personas, pero discerniendo las actuaciones y obras que, estas sí, pueden y deben tener una mirada crítica (e incluso de no aceptación).

3. El patrimonio de hoy como valor, más allá de lo tangible

«La mundialización — en palabras de Sami Nair y Edgar Morin— consiste en la aparición de un objeto nuevo: el mundo como tal».² Una metáfora evidentemente, pero que refleja de una manera más que gráfica la gran paradoja en la que vivimos. El haber descubierto que existen mundos externos a nosotros que son heterogéneos y diversos, grandes mundos que ya forman parte de nuestros pequeños mundos cotidianos y nos afectan, nos ha llevado a descubrir también la gran diversidad y complejidad de esta cotidianidad: han aparecido conflictos y debates que parecían superados; posiciones antagónicas y oportunidades que demandan consensos que se suponían ya conseguidos, a la vez que hemos empezado a descubrir, a valorar y a repensar de nuevo cómo nos organizamos, cómo nos comunicamos, cómo nos valoramos los unos a los otros para vivir y convivir no solo en el mundo sino sobre todo en nuestros pueblos y ciudades.

Descubrir este mundo, los mundos que hay en su interior, ha hecho que reaparezcan en primera línea de debate viejos conceptos renovados y ampliados: integración, derechos y deberes, civismo, comunicación, ciudadanía y también los que nos ocupan en este artículo: interculturalidad y patrimonio. Las palabras, interpretadas en contexto, tienen más contenido que su simple significado. La cultura occidental tradicionalmente ha hecho suya la palabra «patrimonio» dotándola de un referencial simbólico que nos habla de lo que es sólido y permanente. De lo que es propio del lugar, de lo ancestral, de lo habido y de lo que queda, de lo tangible e inma-

nente. La complejidad de nuestra sociedad actual conlleva la redimensión del concepto observando su dimensión dinámica. El patrimonio forma parte del proceso de creación y transformación cultural de las ciudades, los pueblos, las sociedades, y es el resultado de su complejidad. En las sociedades y ciudades actuales, heterogéneas, espacios de complejidad según la definición de Innerarity,³ coinciden y se relacionan cotidianamente elementos patrimoniales fundamentales para el presente y para el futuro. En el contexto actual, por tanto, el patrimonio no es solo un legado de futuro que va uniendo las generaciones pasadas con las siguientes, sino un valor de presente que nos habla de la construcción convivencial y ciudadana de grupos humanos que son a su vez complejos y heterogéneos y que de desplazan de unos lugares a otros llevando consigo sus propios legados culturales, sociales e identitarios.

Identificar ese patrimonio, conocerlo, reconocer su valor, incorporarlo al conjunto ciudadano, a la gestión de la política cultural, al proceso de formación a lo largo de la vida, es fundamental. El diálogo, la educación intercultural, debe incorporar el derecho a conocer y compartir el patrimonio cultural de las personas que, procedentes de lugares distintos, conviven ya con nosotros. En ese sentido, nos parece fundamental la denominación de Patrimonio Común de la Humanidad que ha elaborado la UNESCO, que nos remite a todo lo que conlleva un beneficio cultural para la humanidad. Por extensión, podemos entender como patrimonio común aquello que conlleva un beneficio cultural para una ciudad y para una comunidad. El reto es que los ciudadanos reconozcan e identifiquen esos elementos diferenciales como realmente beneficiosos para el conjunto. No siempre es así, lo desconocido genera miedo, desconfianza, recelo.

En estos momentos, los pueblos y ciudades son espacios en los que conviven centenares de lenguas, nombres, prácticas culturales y gastronómicas, tradiciones, literaturas, valores, maneras de ser, de interpretar y de crear. Son lugares privilegiados para establecer estrategias de diálogo intercultural mutuo, para transformar la desconfianza en conocimiento, aunque se demuestra en el día a día que no es tarea fácil. Más que nosotros, que nos anclamos a la defensiva pertrechados en la seguridad que nos

² Nair, Sami, en colaboración con Edgar Morin (2009): *Para una política de civilización*. Barcelona: Paidós, p. 10.

³ Innerarity, D. (2008): “Las ciudades en un mundo globalizado: hacia una nueva forma de ciudadanía”. Ebrópolis. *XII Encuentro Ibérico de Directores de Planes estratégicos Urbanos y Territoriales*

ofrece ser los autóctonos, las personas inmigrantes valoran su aportación identitaria y cultural como una oportunidad que quieren que sea reconocida y valorada allá donde viven.⁴

La novelista británica Zadie Smith, por su parte, lo explica gráficamente:

Este ha sido el siglo de los forasteros, morenos, amarillos y blancos. Ha sido el siglo del gran experimento de los inmigrantes. Hasta el presente no se podía entrar en un parque infantil y encontrar a Isaac Leung junto al estanque, a Danny Rahman en el campo de fútbol, a Quang O'Rourke botando una pelota de baloncesto y a Irie Jones tarareando una canción. [...] Sin embargo, a pesar de la mezcla, a pesar de que nos hemos habituado a vivir juntos con relativa comodidad (como el hombre que vuelve a la cama de su amante, después de un paseo de medianoche), a pesar de todo, aún resulta difícil reconocer que no hay nadie más inglés que el indio ni nadie más indio que el inglés. Todavía hay jóvenes blancos que se sienten indignados por esto y que, después de cerrar las tiendas, salen a las calles mal iluminadas con un cuchillo de cocina en la mano.⁵

Solo desde la educación, desde una mirada realmente intercultural, se puede conseguir ver las diferencias como fuente de valor y no solo como fuente de diferencias y de conflictos. Por ello, la identificación del patrimonio inmaterial es una medida urgente para incorporar en el diálogo y en la educación intercultural, en las escuelas y fuera de ellas.

Según la Convención Europea, el patrimonio inmaterial está constituido por los «usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas — junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes— que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural».⁶ Desde esa perspectiva, es especialmente interesante el concepto de *salvaguardia* que la Convención acuña. El patrimonio material se protege, el inmaterial, se salvaguarda. No es

⁴ Mayoral, Dolores, Molina, Fidel y Sanvicén, Paquita (2011): *El ágora compartida. Democracia y asociacionismo de inmigrantes*. Lleida: Milenio.

⁵ Smith, Zadie (2001): *Dientes Blancos*. Barcelona: Salamandra, pp. 325-326.

⁶ Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, adoptada por la Conferencia General de la UNESCO en reunión celebrada en París el 17 de octubre de 2003.

un matiz menor, en palabras de Luna y Martínez, el concepto hace referencia a «salvar lo que tiene significado intangible para las generaciones actuales y dejar abierta la posibilidad para que las nuevas generaciones les hagan los cambios que les resulten significativos para que este tipo de patrimonio siga vivo».⁷

4. La educación intercultural como riqueza patrimonial

La educación intercultural es el pilar básico en la lucha contra el racismo y contra la xenofobia, fomentando un espacio cultural de inclusión y respetuoso en la diversidad. Una educación que debe ir más allá del ámbito escolar, para imponerse en todos los ámbitos ciudadanos. Mucho más que el entorno escolar, un espacio formal, las ciudades son potentes espacios para la convivencia entre culturas, entre lenguas, entre identidades. Son espacios de educación informal y por ello tanto o más efectiva que la oficial. En todo caso, igual de imprescindible. Ha de ser eficaz y potente y una educación de calidad. Ha de tener como objetivos básicos construir una identidad interna sólida y reconocer los bagajes existentes, con un reconocimiento crítico del propio patrimonio material e inmaterial. Ha de potenciar al máximo la igualdad de oportunidades y promover la relación, la cooperación y la convivencia. La educación intercultural ha de fomentar una selección cultural inclusiva, representativa y más justa, no todo elemento patrimonial es válido, si ya no responde a cuestiones de equidad y respeto a los Derechos Humanos. Ha de ser una educación que se ocupe de la vertiente ética y emocional: una educación en valores.

Por otra parte, en este siglo XXI la homogeneización parece planetaria y se habla, desde una mundialización económica, de una globalización socio-cultural. Sin embargo, se oyen voces que rompen este conformismo y aparecen con nuevas fuerzas, las reivindicaciones de la diversidad cultural ante esta homogeneización y de la *comunidad* ante la *sociedad*. El difícil equilibrio o la complejidad del consenso son signos de este tiempo que se mueve entre la modernidad y la posmodernidad, entre el univer-

⁷ Luna Ruiz, Xilonen y Martínez Medrano, Elvia R. (2012): «La entrevista. Entrevista a la Dra. Lourdes Arizpe Schlosser, patrimonio cultural inmaterial de México», p. 10. Citado por Tello Moreno, L. F.: *El derecho al patrimonio común de la humanidad*, p. 77.

salismo y el particularismo... ¿entre la igualdad y la diferencia? Podemos desear que estos dos términos no sean excluyentes, pero la práctica social —y educativa— nos muestra cuán difícil es la combinación armónica de estos conceptos.

Se oponen dos grandes fuerzas dinámicas: una tendente hacia la homogeneización (la globalización) y otra a la heterogeneidad (el lugar). García Canclini utiliza un neologismo para designar esta situación y habla de *glocalize*, como lo local globalizado:

No es casual que hayan sido empresarios japoneses quienes inventaron el neologismo *glocalize* para aludir al nuevo esquema del «empresario-mundo» que articula en su cultura información, creencias y rituales procedentes de lo local, lo nacional y lo internacional. (García Canclini, 1995: 70)

El mismo autor especifica que la globalización no es un simple proceso de homogeneización, sino que reordena, sin suprimirlas, las diferencias y las desigualdades, y por ello, prosigue, junto con los movimientos globalizadores aparece siempre el tema de la multiculturalidad.

El Informe UNESCO sobre las culturas de 1998 destaca el afianzamiento del proceso de globalización, que, sin embargo, se adapta localmente a las peculiaridades y estas se potencian; la diversidad cultural lejos de estar en peligro se vive como enriquecedora y matizadora de la globalización. No obstante, otros autores destacan la vertiente más contradictoria y deshumanizadora del proceso.

El hombre crea y utiliza signos, objetiva contenidos de cultura y los transmite a través de la socialización y del aprendizaje, fruto de la interacción social e independientemente de la base genética (Jiménez Blanco, 1993: 86). El lenguaje y la posibilidad de crear y transmitir conocimiento (la cultura) es lo que diferencia a los humanos de los animales. Ello permite reflejar las percepciones subjetivas de la realidad y transmitir la experiencia con relación al mundo natural y social (Carabaña, 1993: 95). En este sentido, gracias al lenguaje y a la cultura las sociedades humanas son sociedades reflexivas. La cultura entendida como el conjunto de conocimientos y artificios de los humanos puede diferenciarse en una parte más ligada a la naturaleza y en otra parte, que es la «cultura social», relacionada con la organización de la sociedad (conocimientos sobre las distintas clases de individuos, familia, ritos, educación, valores, normas, etc.). Es la cultura sobre la sociedad

y ello, en ocasiones, induce a la confusión entre cultura y sociedad y la relación entre ellas, dando lugar a perspectivas más sociologistas o culturalistas (Carabaña, 1993: 102 y siguientes). Por un lado, el sociologismo puede llevar en ocasiones a la reducción de la cultura a la sociedad y, por otro, el culturalismo puede llevar, por el contrario, a reducir la sociedad a la cultura. Ambas consideraciones, llevadas al extremo, aparecen como erróneas, puesto que los seres humanos son más que sus relaciones sociales gracias a que, a través de la cultura, reflexionan sobre ellas.

No se puede entender la educación en la interculturalidad como un tipo de educación circunscrita a unas áreas, comunidades, escuelas o currículos determinados, sino que debe tener una orientación global que incluya a toda la sociedad, a todas las escuelas, a los diversos currículos, a la educación formal y a la educación social. Educar es formar individuos en diversidad para una sociedad más democrática y participativa. Por tanto, es obligado el reconocimiento pleno y la igualdad efectiva construida entre todos y para todos.

5. Aprender de las experiencias compartidas. La mejor conclusión

Ciertamente, a veces la realidad nos demuestra que conseguir la convivencia intercultural, sin duda un objetivo complejo, no tiene por qué conllevar en sí mismo conflictos ni dificultades. Basta con desear conseguirlo. La actuación que narramos es un buen ejemplo de ello y a la vez la mejor conclusión posible a nuestro artículo.

La Conferencia General de la ONU proclamó en noviembre de 1999 un Día Internacional de la Lengua Materna al entender que las lenguas no solo forman parte del patrimonio local y global sino que son a su vez el instrumento esencial para estudiarlo, conocerlo y divulgarlo.⁸ En el marco de un enfoque innovador de *empoderamiento* del alumnado adulto, propusimos a las personas que estudian catalán, que tienen diferentes orígenes, que ellas mismas decidieran el contenido de la actividad conmemorativa que se debía ejecutar para el 21 de febrero de 2014, en el marco también de la carta de ciudadanía de la ciudad.⁹ Libremente la diseñaron y la ejecutaron

⁸ Conferencia General de la UNESCO, acta de la 30.ª sesión. Recuperado de: <<http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001177/117709s.pdf>>.

⁹ Consorcio para la Normalización Lingüística. Centre de Normalització de Lleida. Día Internacional de la Lengua Materna. 21 de febrero de 2014. «Retaule al Palau

ellos sin ninguna directriz ni de los profesores ni de la organización. El resultado nos sorprendió. Lejos del acto típico de recital al cual ya estábamos acostumbrados, los alumnos confeccionaron un retablo multilingüe e intercultural ambientado en una tertulia de amigos en casa de la condesa de Bureta, en el cual cada uno, en franca camaradería con los demás, vestido adecuadamente, presentaba a los demás los sucesos, las aportaciones más relevantes de una persona célebre del país de origen. Así, la concurrencia pudo escuchar en su lengua materna, a Pedro el Grande de Rusia, a Santiago Ramón y Cajal, a Nadia Comaneci, a Beethoven, a María Zambrano, a Mercè Rodoreda y un largo etcétera.

Esta vez fueron los alumnos quienes nos aleccionaron. Trataron con naturalidad las diferencias culturales que los caracterizan, desecharon el estereotipo fácil en que se los encierra y se centraron en su patrimonio inmaterial. En su bagaje mas allá de los tópicos y el folclore, para poner el valor las referencias lingüísticas, culturales y científicas de su cultura de origen, las que perviven con ellos estén donde estén; las que querían mostrar, las que querían ofrecer a los asistentes, a los compañeros, como muestra también de la riqueza inmaterial que aportan a la ciudad y a la comunidad donde ahora viven.

Ciertamente, como afirman Gloria y Victoria Pérez «a convivir se aprende conviviendo»¹⁰ y, añadimos nosotros, a través del conocimiento y reconocimiento mutuo. Cada colectivo aportamos al conjunto elementos característicos intangibles, no todos inventariables. Es el conjunto, vivo, heterogéneo, dinámico, del patrimonio presente que interactúa y se transforma en un diálogo permanente para conformar la base del legado futuro.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo se ha llevado a cabo dentro del proyecto Recercaixa 2012 «Educación cívica en las aulas interculturales: análisis de las representaciones e ideas sociales del alumnado y propuestas de acción educativa» (2012ACUP00185), financiado por la Obra Social la Caixa.

de la Comtesa Bureta». Espai 3. Celebración de la *Carta de Ciudadanía de Lleida*.

¹⁰ Pérez Serrano, Gloria y Pérez de Guzmán, María V. (2001): *Aprender a convivir: el conflicto como oportunidad de crecimiento*. Madrid: Narcea, p. 112.

BIBLIOGRAFÍA

- CARABAÑA, J. (1993): «De la conveniencia de no confundir sociedad y cultura», en E. Lamo de Espinosa, y J. E. Rodríguez Ibáñez (eds.): *Problemas de teoría social contemporánea*, pp. 87-113. Madrid: CIS.
- CUCHE, D. (1996): *La notion de culture dans les sciences sociales*. París: La Découverte.
- DURKHEIM, E. (1989): *Educación y sociología*. Barcelona: Ed. Península.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. (1993): «Ecología humana: convergencia de los paradigmas sociológico y biológico», en E. Lamo de Espinosa, y J. E. Rodríguez Ibáñez (eds.): *Problemas de teoría social contemporánea*, pp. 47-86. Madrid: CIS.
- INNERARITY, D. (2008) «Las ciudades en un mundo globalizado: hacia una nueva forma de ciudadanía». Ebrópolis. *XII Encuentro Ibérico de Directores de Planes estratégicos Urbanos y Territoriales*.
- MAYORAL, D; MOLINA, F, y SANVICÉN, P. (2011): *El ágora compartida. Democracia y asociacionismo de inmigrantes*. Lleida: Milenio.
- MOLINA, F. (2002): *Sociología de la educación intercultural*. Buenos Aires: Lumen.
- (2005): «Nuevos conflictos sociales y su presencia educativa. Análisis sociológico y reflexiones para la intervención», en *Cultura y Educación (C&E)*, 17 (3), pp. 213-223.
- (2008): «La educación intercultural: alternativa al multiculturalismo y antídoto contra la discriminación ágrafa mundializada», en Molina, F. (ed.): *Alternativas en educación intercultural*. Lleida: De París, pp. 38-74.
- MOLINA, F y CASADO, N. (2014): «Living together in European intercultural schools: The case of the Catalan school system (Spain)», en *European Journal of Education*, 49 (2), pp. 249-258 (Reino Unido: 10.1111/ejed.12044).
- MORIN, E. (2009). *Para una política de la civilización*. Barcelona: Paidós.
- NAIR, S. (2009): *Para una política de civilización*. Barcelona: Paidós.
- PÉREZ, G.; PÉREZ, V. (2011): *Aprender a convivir. El conflicto como oportunidad de crecimiento*. Madrid: Narcea.
- RUIZ ROMÁN, C.; CALDERÓN ALMENDROS, I; TORRES MOYA, F. J. (2011): «Construir la identidad en los márgenes de la globalización: educación, participación y aprendizaje», en *Cultura y Educación (C&E)*, 23 (4), pp. 589-599.
- SANVICÉN, P. (1999): «Cultures en contacte a Catalunya», en *Revista Catalana de Sociologia*, 10. Barcelona, pp. 23-56.
- SMITH, Z. (2001): *Dientes Blancos*. Barcelona: Salamandra.
- TELLO MORENO, L. F. (2012): *El derecho al patrimonio común de la humanidad*. México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos.
- TOURAINE, A. (1997): *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC.